



ISSN: 2422-6890

uni(+di)versidad

publicación del Programa Universitario de Diversidad Sexual

N° 4 / 2020 / Rosario, Argentina

**Sobre *La tierra de los mil caballos*, de Gabby De Cicco
(Rosario, Baltasara Editora, 2016)**

Por María Eugenia Martí

La tierra de los mil caballos excede las fronteras genéricas de un libro de poemas. Está en verso vivo recalcitrante, es cierto, pero también es un postulado imaginario lleno de *contaminatio* deliberada e irredimible, de intoxicaciones prosaicas, de capturas punks del instante, de la *petite mort* que remata la unión erótica entre arte y vida.

Como fabricación de la palabra, despliega una serie de posesiones constitutivas que le dan alma. Tiene un escenario axiomático y un tiempo en polaroid: el New York abierto al medio con navaja de aquella década premonitoria y azarosa que fueron los setenta. Tiene personajes nunca ficticios, siempre literarios. Personajes de reseña de rock. Cuerpos amados y desposeídos, que no remiten a la reminiscencia ni a la nostalgia, sino que simplemente vuelven del fuego para encarnarse en verso. Tiene un *soundtrack* omnipresente que no se reduce a mero telón de fondo, sino que se injerta por la fibra misma de cada fonema, hasta formar la cadencia de las sílabas y tomar posesión inalienable de la palabra.

Asume que se escribe desde una *God forsaken* pampa, ya que el sonido de las herraduras contra la tierra no elude el eco decimonónico y pudo ser imaginado como malón o montonera, como estrategia ciega y caótica de guerra o rapiña contra un poder ominoso, pero derogable. Pasa que, en 1975, cuando el vinilo *Horses* de Patti Smith, con su portada dibujada por la lente de Mapplethorpe salió a disquerías, nadie dijo por dónde corrían los caballos y ese lugar puede ser cualquier llanura delimitada por horizontes en espejismo. Alguien tenía que imaginar cómo traducir, cómo responder en poema a ese sonido, que es el estruendo de la más absoluta libertad, pero también del horror más arrasador. Libertad y horror... es decir, lo que le queda a lxs sobrevivientes.

Mientras, la resolución aritmética del título es una ilusión de lo cuantificable, una cifra ni arbitraria, ni aleatoria, ni inverificable. Cuando vuelve milenarios a los caballos los vuelve infinitos, inabarcables, hipertélicos como el deseo.

Presupone una fe revolucionaria imprescriptible, porque designa el instante en que se vuelve una imposibilidad corporal conjugar el verbo *creer* en pasado sin volver a conjugarlo, inmediatamente, en presente. Es una resistencia, es decir, una ofrenda de formas alternativas para habitar un mundo en descomposición. Las formas de la lucha son las formas del amor que devora, que consume, hasta anular los límites posibles del *oikoumene*, del mundo conocido. Las formas de la lucha devienen caricias sobre el rostro de los fantasmas que, por definición, no pueden morir nunca, ya que, cuando la palabra emerge del duelo, del desastre, de la decepción, muchas veces tiene la magia de reivindicar lo perdido, de devolverle contornos y densidad, de fabricar sus persistencias en infinitivo. Son formas de lucha que permiten cerrar heridas con versos cicatrizantes que recuperan el *tetrapharmakon*, aquella epifanía antigua, contra todos los miedos universales.

Patti y Robert ven más allá. No es casual. Es aceptar el *daimon* que toma posesión del cuerpo hasta erradicarlo de sí mismo, en un éxtasis iniciático dionisiaco, como vuelo místico. Es la visión de lo que no aconteció y se pronuncia en potencial oracular como todo *omen* profético. Es un eros ebrio que abre los ojos a lo que simplemente es eternamente, sin primer motor inmóvil. Es, particularmente, el canto de las Musas, como soplo vital, neuma o logos indispensable haciendo combustión infinita con los astros y el polvo de estrellas que nos conforma. Átomo a átomo. Ese vértigo de apoderarse de una cartografía, de un capítulo entero de la Historia, de un universo abierto como ruta a todos lados (*there was nowhere to go, excet everywhere, said Jack, so they kept on rolling under the stars*) Y la pluma que escribe este libro, que reescribe a Patti y a Robert, al paraíso beat, al riff saboteador de la mortalidad, sabe de los kilómetros que se cancelan gracias al deseo.

Trascender la palabra escrita implica que una lectura traiga, como traen los poemas de este libro, humo de las salidas del subte sobre la nieve del Lower East Side, una voz de chamana que narra la eternidad, tiene al punk por cesárea y escupe poesía en la cara de las calles nocturnas, los sonidos fantasmagóricos que, aún décadas después de su extinción, resuenan en el Bowery, tres acordes y una frase resucitada de Velvet Underground, un Rimbaud entre tus piernas, un hotel fantasma en reconstrucción infinita todavía habitado por las obras que lo eligieron como su sala de partos.

Para leer este libro, piense en todos sus muertos, en toda su eternidad, en todo el silencio que dejan y debe ser escrito. Piense en las figuras divinas que le hicieron pensar que la poesía cancelaba el miedo, la injusticia y el vacío. Las va a encontrar, vivas otra vez, en estos versos. Piense en la esquina sur de un cosmos en expansión, esa sensación que otorga la canción que sonaba la noche que salió del caos, la va a encontrar en estas páginas.